

costó á Luis Felipe hacerle desistir de su empeño; bastó para esto alentar por via de represalias á los españoles refugiados en Francia, como Martínez de la Rosa, Isturiz, Mendizábal y otros jefes liberales, á organizar una intentona de invasion. El comportamiento complaciente y pacífico, tan inesperado, de las tres grandes potencias continentales, no le permitió hacer mas; pero el preliminar bastó para aterrorizar á Fernando, que se dió prisa á reconocer á su primo. No hubo tiempo para avisar á los liberales españoles del súbito cambio de actitud del gobierno español y del consiguiente cambio de la política del francés. Verificóse la invasion, pero con un éxito lamentable por disensiones entre los jefes (1).

La docilidad de los soberanos ante la fuerza de las circunstancias bastó para conservar la paz internacional, pero no para impedir que en muchos países se turbara la interior por los mismos pueblos, entusiasmados y alentados por el ejemplo del francés, si bien este se abstuvo completamente de toda propaganda en el extranjero que en Francia arrancó de cuajo la antigua dinastía, esparció las semillas de la libertad por los países vecinos hasta muy adentro del continente, donde germinaron ó no segun la posición y grado de cultura de los pueblos. El primer movimiento liberal empezó á manifestarse, pugnando contra la espesa capa de hielo con que los gobiernos, la costumbre y la índole de raza tenían oprimidos á muchos pueblos. El milagro estupendo operado por la nación francesa de haber realizado tan gran revolucion en tres días, juntamente con la moderación y nobleza mostradas despues de la victoria, despertó en todas partes una fe, hasta entonces desconocida, en la fuerza irresistible de la voluntad del pueblo, y comenizóse á sentir por primera vez ó á resentir, nuevo dolor, segun los pueblos, el peso de las cadenas que impedían sus movimientos. Desde el Escalda hasta el Vístula y desde el Tiber hasta la Turingia, y en las mismas islas Británicas se sintieron las vibraciones emanadas de París. En diferentes puntos de Italia y Alemania tradujéronse en movimientos populares, y en Bélgica y Polonia adquirieron grandes proporciones; pero en todas partes llamaron la atención de los gobiernos de tal suerte que no pudieron pensar en hostilizar á la Francia ni á su rey.

BÉLGICA (2)

El primer efecto de la conmoción francesa se sintió en los Países-Bajos. Los sapientísimos varones del congreso de Viena habian creído erigir un baluarte firmísimo contra la repetición de los caprichos de conquista de los franceses con la union de la Bélgica y de la Holanda bajo el cetro de la casa de Orange, sin que les ocurriera, ni remotamente, que pudiera dar quehacer la monstruosidad de encadenar juntas dos poblaciones completamente distintas por su origen, idioma, historia, religion y condiciones económicas. Ni siquiera supieron aquellos diplomáticos escoger la simple union personal para estos elementos heterogéneos, sino que aplicaron sin preámbulos ni consideración la constitucion holandesa del 30 de marzo de 1814 á la Bélgica, y solo convinieron en que se hicieran las modificaciones indispensables por una asamblea de notables belgas que á este fin se convocaria,

(1) No, sino por la conducta falaz del gobierno francés, que cuando ya estaban en España les retiró los auxilios que al excitarles á la sublevacion les habia prometido y dejó despues que fuesen fusilados los que cayeron prisioneros. (N. del T.)

(2) Nothomb, *Essai historique et politique sur la révolution belge*. Edicion cuarta, publicada por Th. Juste en 1876, que contiene una lista de toda la literatura respectiva.—Th. Juste, *Les fondateurs de la nationalité belge*.

como en efecto se convocó. En esta asamblea manifestóse desde luego el obstáculo principal que al cabo de quince años debia acabar con la union forzosa, y fué el clero católico, que acudillado por el obispo de Gante, Mauricio de Broglie, inició una agitacion violenta contra la constitucion holandesa. El gobierno procedió con rigor contra el prelado condenándole á la deportacion, y habiendo huido á tiempo, haciendo clavar su retrato en la horca, pero á pesar de esto la mayoría de la asamblea de notables, compuesta de 1,323 individuos, desechó por 796 votos la constitucion. El rey la dió por aceptada agregando los votos de los 280 miembros ausentes como votos afirmativos á los demás y declarando nulos 126 votos contrarios porque se habian fundado en lo inadmisibile del artículo de la constitucion referente al culto. Este procedimiento despótico no era muy á propósito para conciliar los ánimos y suavizar la resistencia de los belgas, aunque no hubiesen existido otros motivos para hacerles aborrecible la union. Entre ellos estaba la antipatía hácia la persona del monarca, Guillermo I, así por sus cualidades exteriores como por su carácter desconfiado, su avaricia y obstinacion. Por otra parte, en todo era preferida la Holanda, la cual en el parlamento, no obstante la inferioridad numérica de sus habitantes, tenia igual número de representantes que la Bélgica, es decir, 55, y pagaba menos contribucion que esta. En la administracion y en el ejército, donde la lengua oficial era el holandés, habia 317 funcionarios y jefes militares de alta categoría holandeses, y solamente 87 belgas, y lo mismo sucedia en materia de fomento y economia política, viéndose favorecida por ejemplo la plaza de Rotterdam á costa de la de Amberes. Ni siquiera supo el gobierno ganar las simpatías de la poblacion flamenca, tan afin á la holandesa que hasta el idioma solo se distingue en realidad mas por la ortografía que por otra cosa, pero la diferencia de religion, con la diversidad política y para el resto de la poblacion con la nacional, abrió un abismo entre los dos países. Sin embargo, el contraste religioso resultó ser el mas irreconciliable; la ira del partido católico no conoció ya límites cuando se vió tan repentinamente sujeto á una dinastía calvinista despues de haber contado por seguro el restablecimiento del estado antiguo en toda su pureza. La lucha abierta se declaró al tratar la cuestion de enseñanza. De la enseñanza se habian apoderado los jesuitas bajo el nombre de hermanos ignorantes (*frères ignorantins*); por lo cual el gobierno prohibió todos los establecimientos de enseñanza y de educacion que existian sin su licencia; dispuso, además, que en adelante todos los que quisieran dedicarse á la carrera eclesiástica habian de cursar dos años la facultad de filosofia en la universidad de Lovaina antes de ingresar en el seminario, y finalmente, declaró inhabilitados para todo empleo civil y eclesiástico á cuantos hubiesen hecho sus estudios en el extranjero. La tempestad que el clero belga levantó contra estas disposiciones fué tan grande que para aplacarla el rey tuvo que firmar un concordato, análogo al francés, con el sumo Pontífice en 25 de julio de 1827, concordato cuya ejecucion fué preciso suspender á los pocos meses por las divergencias que al instante se declararon sobre los diferentes comentarios á que se prestaba.

La lucha de partidos en Francia, en los dos últimos reinados, tuvo su reflejo en Bélgica. El partido liberal apoyó primero al gobierno por odio y miedo á los jesuitas, pero desde la caída del ministerio Villele, uniéronse los liberales y el partido católico ó clerical en un solo partido de oposicion constitucional. Los primeros pedían la libertad de la prensa y una reforma de los impuestos, y los clericales la libertad de enseñanza. El verdadero creador de esta fusion de los dos elementos opuestos era el opulento republicano Luis de

Potter, que por agitador fué condenado en 1828 á 18 meses de cárcel. Esta condena no entibió su entusiasmo, y cuando la hubo cumplido, proclamó abiertamente la simple union personal de la Bélgica con la Holanda, que fué el grito de guerra del partido belga y que le atrajo una nueva condena de ocho años de destierro.

El blanco principal del odio de los belgas era el ministro de Justicia Maanen, belga, y la obstinacion ciega del gobierno consolidó mas y mas la union de los liberales belgas con el partido clerical.

En esta disposicion de los ánimos llegó la noticia de la revolucion francesa, que aumentó la fermentacion, y el 24 de agosto estalló el movimiento. Aquel día era el cumpleaños del rey, y las autoridades se vieron en el caso de suprimir las diversiones populares de costumbre, porque antes habian aparecido en las esquinas pasquines que decian: «Lunes, fuegos artificiales; martes, iluminacion; miércoles, revolucion.» Para las clases acomodadas hubo ópera; mas por desgracia eligióse para aquel día la *Muta di Portici*, y las escenas de esta ópera inflamaron al auditorio, que á la salida del teatro se fué engrosando con turbas del pueblo. Estas turbas pasaron á destruir la redaccion del *National*, el periódico del gobierno; luego saquearon é incendiaron la casa del ministro Maanen, que huyó, y otros edificios del gobierno; la guarnicion, poco numerosa, se concentró en el palacio real. Para evitar mayores desgracias y restablecer el orden se formaron una guardia cívica y una junta, la cual envió una comision al rey, que residia en el Haya, para hacerle presentes los deseos del pueblo. El rey concedió al instante la convocacion de los Estados generales y la destitucion del odiado ministro Maanen. Entretanto habian llegado á las puertas de Bruselas los dos hijos del rey á la cabeza de un pequeño ejército. El mayor, el príncipe de Orange, jóven vanidoso é irreflexivo, algo mas simpático á los belgas que su padre y su hermano, se dejó persuadir de los que le aconsejaron entrar solo en la ciudad, adornado con la escarapela tricolor de Brabante; y allí fué llevado á una asamblea de notables que le hizo prometer la independencia de la Bélgica conservando solamente la union personal con Holanda bajo un mismo soberano. El rey ratificó la promesa de su hijo, pero ya era tarde. La poblacion trabajada entretanto por emisarios revolucionarios franceses y por agentes del clero, no se contentó ya con esto, y la junta fué reemplazada por otra de opiniones mas radicales, en la cual figuró el republicano Potter, que á la primera señal habia vuelto de su destierro. Hubo encuentros sangrientos entre el pueblo y la guardia cívica, y cuando el príncipe Federico llegó con una division de 8,000 á 10,000 hombres, encontró la ciudad preparada para rechazarle. Una proclama de la junta desligando de su juramento á todos los belgas que servian en el ejército, quitó á los jefes la confianza en la clase de tropa, por cuya razon el príncipe no se atrevió á dar un ataque á las barricadas que le cerraban la entrada de la ciudad baja, y se dirigió á la parte alta. Desde allí hizo fuego sobre los sublevados que ocupaban la primera y que contestaron con sus fusiles; mas viendo al cabo de tres días que ningun resultado obtenia, se retiró otra vez, en la noche del 27 de setiembre.

Al día siguiente los Estados generales, que entretanto se habian reunido, aprobaron la union puramente personal de los dos reinos; pero el gobierno provisional revolucionario formado tres días antes, proclamó la separacion completa. El príncipe de Orange, que con plenos poderes del rey estaba con su ejército en Amberes, hizo entonces una tentativa algo ambigua, y segun opinion de algunos, animado por el papa, para ponerse en persona á la cabeza del movimiento revolucionario y conservar así, por lo menos, á su raza la Bélgica;

RESTAURACION Y REVOLUCION

pero mientras esto se negociaba fué tomando mayor incremento la revolucion, y el príncipe, comprometido y viendo desaprobada su conducta por su padre, hubo de dejar el ejército. Este se retiró á la ciudadela de Amberes, cuyo comandante, el general Chassé, contestó el 25 de octubre á la intimacion de rendirse que le hizo la revolucion, bombardeando la ciudad durante una porcion de horas con trescientas bocas de fuego y causando á los habitantes perjuicios inmensos. Con esta accion brutal quedó cerrado el camino de la conciliacion y hasta los belgas mas moderados y liberales que todavia conservaban fidelidad á la casa de Orange se pasaron al partido de los patriotas independientes.

Esta sublevacion, los desórdenes que ocurrieron en el curso del mes de setiembre en diferentes partes de Alemania y la visible aproximacion de un estallido en Italia, parecieron dar razon á Metternich, que acusaba á los franceses de haber desatado una nueva tempestad revolucionaria radical, evocando el principio estúpido de la soberanía popular en oposicion al derecho histórico, y haciendo con esto inevitable una lucha á muerte entre los dos principios; porque por sinceramente pacífico que fuese en adelante el gobierno francés no podia ya enfrenar permanentemente la propaganda revolucionaria, una vez que esta habia pasado los límites de la Francia y se habia comunicado á Bélgica.

El gobierno francés reorganizó á toda prisa y con toda su energía habitual su debilitado ejército; al propio tiempo aseguraba el ministerio por boca del conde de Molé á los representantes de las otras potencias, que desaprobaba decididamente la sublevacion belga, prometiendo impedir hasta donde pudiera todo auxilio de parte de la nación francesa, bajo la condicion, sin embargo, de que las demás potencias se mantuviesen neutrales, pues que en caso de intervenir alguna de ellas se veria obligada la Francia, aun contra su voluntad, á intervenir tambien.

El mundo político habia, pues, cambiado completamente. Diez años antes habíanse arrogado los monarcas absolutistas en el congreso de Troppau el derecho de intervencion en cualquier país donde el pueblo se levantara en defensa de su libertad, y á la sazón el gobierno francés, creado por una revolucion, oponia el principio de la no-intervencion, aun cuando la reclamara el soberano legítimo de un país, como sucedió efectivamente en el caso de la Bélgica.

Metternich protestó contra semejante principio diciendo que no era sino una protesta de incendiarios contra el trabajo del cuerpo de bomberos, y el altivo czar Nicolás no se contentó con esta reflexion teórica sino que contra el consejo de sus ministros y sin avisarlos hizo saber á todos los gabinetes que ponía 50,000 hombres en pié de guerra, y añadió en la comunicacion á su suegro el rey de Prusia que desde aquel momento consideraba reunidas las fuerzas prusianas á las suyas. Pero esta vez en Berlin, contra el poderoso partido feudal que como siempre ardia en servil entusiasmo ruso, sobre todo tratándose de defender al absolutismo contra la revolucion, preponderaron la sana razon y el buen criterio de Federico Guillermo III, el cual contestó á su yerno imperial que no obstante la probabilidad de una guerra, no creia prudente provocarla por su parte, si bien, á fin de estar apercebido para lo que pudiera sobrevenir y evitar que se comunicara el contagio á las provincias prusianas limítrofes á la Francia y á la Bélgica, escalonaba á orillas del Rhin tres cuerpos de ejército á las órdenes del príncipe Guillermo. A esta medida contestó el gobierno francés, en 31 de agosto, en términos corteses, que la concentracion de tropas prusianas en la frontera belga obligaria á la Francia á ocupar su misma frontera por el lado de Bélgica, aviso que produjo el deseado efecto, conforme el ministerio francés habia calculado.

El gabinete inglés encerróse también en una actitud prudente, á pesar del disgusto con que Wellington vió derrumbadas sus dos obras principales, la restauración del trono borbónico y la del reino de los Países-Bajos, y sobre todo, á pesar del sentimiento protestante de la nación inglesa que se pronunciaba contra una revolución acaudillada por el clero católico. Wellington, persuadido de que el príncipe Federico sofocaría la sublevación, quedó consternado cuando supo la retirada del príncipe, pero Talleyrand supo hacerle renunciar á sus aficiones realistas de tory, con su declaración terminante de que el gobierno francés estaba muy decidido á no sacar ventaja alguna para sí de la situación política de Bélgica. A esta seguridad se agregó el hecho indudable de que las demás potencias continentales no estaban para intervenir, por no dar así ocasión á la fermentación por contagio en sus propios Estados; y todo esto junto hizo prevalecer también en Londres la política de no-intervención. En 3 de octubre el gobierno inglés, cuando todavía no había recibido la solicitud de auxilio armado que el rey de Holanda había dirigido ya á las grandes potencias, invitó á este á confiar la solución de la cuestión belga á la conferencia de embajadores, reunida á la sazón todavía en Londres. Así se hizo, y con esto ahorróse al mundo político y especialmente á la Francia el peligro de otra Santa Alianza como en 1814.

Todo esto y algunas otras circunstancias favorecieron grandemente la causa de los belgas. La conferencia, después de haber retardado su apertura el gobierno francés para ganar tiempo y hacer sus armamentos, empezó por acordar entre ambas partes una tregua, durante la cual adquirieron los belgas dos nuevos apoyos poderosos, aunque guiados por motivos distintos: el ministerio Lafitte en Francia, y el whig de Grey-Palmerston, que en 19 de noviembre subió al poder en Inglaterra. A los patriotas franceses convenía abrir brecha en las disposiciones del congreso de Viena con el desmembramiento del reino de los Países-Bajos, y el ministerio inglés se dió prisa á unirse á la Francia para evitar con la sola fuerza moral una guerra europea con motivo de la creación de un nuevo reino, y al mismo tiempo para impedir que la Francia, siempre en acecho de engrandecer su territorio, se apropiase algún retazo de la Bélgica. Esta actitud dió forma definitiva á la nueva situación política europea que en el transcurso de los últimos años se había ido paulatinamente desarrollando. Inglaterra, que desde el advenimiento de Guillermo de Orange era la avanzada de Europa contra la preponderancia francesa, hizo á la sazón causa común con su antigua adversaria, formando así una alianza occidental poderosa contra la del Este y abriendo una brecha, si bien más en apariencia que en realidad, entre el constitucionalismo y el absolutismo.

Confiado en estos auspicios favorables, el congreso nacional, convocado en Bruselas y abierto en 10 de noviembre, proclamó ocho días después solemnemente la independencia de Bélgica, reservándose el arreglo de las relaciones del gran ducado de Luxemburgo con la confederación germánica, de la cual formaba parte (1). No hubo la misma unanimidad cuando el congreso pasó á tratar la forma política que debía dar al nuevo Estado, porque aun prescindiendo del partido que la dinastía destronada tenía, principalmente entre los industriales de Gante y Amberes, prevalecía en Lieja y en el Hainaut el deseo de agregarse á la Francia. Con el partido francés, cuya cabeza era Gendebien, entendíanse los republicanos acaudillados por Potter, pero más poderoso que ambos era el patriota monárquico. Nothomb, joven de veinticinco años, acabó con las vacilaciones del congreso diciéndole

(1) Th. Juste, *Le Congrès National de Belgique, 1830-1831* (1880).

desde la tribuna: «Como monarquía seréis una potencia; como república no pasareis de ser un espantajo.» El 22 de noviembre el congreso votó la monarquía constitucional, y dos días después decretó la exclusión de la familia de Nassau-Orange, con gran disgusto de lord Palmerston, que temió tras este voto la presentación de algún candidato francés. Las potencias del Norte pensaban reconocer, á lo más, á las provincias sublevadas de Bélgica el derecho de administrarse por sí mismas, y de allí no habrían pasado á no ocurrir entonces un suceso que les hizo perder los deseos de buscar dificultades á los belgas. Este suceso fué la revolución polaca, que estalló el 29 de noviembre en Varsovia y se comunicó en pocos días á toda la Polonia, revolución que hizo exclamar á Metternich: «Ahora sí que no hay otro remedio sino abandonar la Bélgica á su suerte.» Por segunda vez los representantes de la legitimidad feudal tuvieron que convenirse de que la vida de los pueblos no se deja encerrar en un molde uniforme, hecho á gusto de unos cuantos míopes, obcecados por su interés particular y por el espíritu de rutina. Contra su voluntad, habían tenido que quedarse con su vetusto principio legitimista ante el hecho brutal de la revolución francesa, y pocos meses después tuvieron que adoptar la misma actitud respecto de la Bélgica. Así se vieron obligados á respetar, mal de su grado, la voluntad del pueblo, que en adelante fué un nuevo factor del derecho público, á pesar de Metternich, el cual decía que el cambio ocurrido en Bélgica no tenía más base, por mucho que se hiciera para demostrar lo contrario, que la protección dispensada á una rebelión (2).

La conferencia de Londres, sin hacer caso de la protesta legalmente fundada del rey Guillermo, admitió en principio, en 20 de diciembre de 1830, la separación de la Bélgica del reino de Holanda, reservando los derechos del rey y de la confederación germánica sobre el gran ducado de Luxemburgo. Había requerido el rey de Holanda el auxilio de la confederación, y á no ser por la completa ineptitud de esta para toda acción política eficaz, su intervención habría podido dar origen á complicaciones gravísimas; pero tal como la confederación germánica estaba organizada el asunto no pasó de la discusión y redacción de interminables actas para calcular los gastos que originaría la intervención. Mayores dificultades que la confederación creó al congreso mediador de Londres el mismo congreso nacional de Bruselas, que desechó decididamente aquella reserva de derechos y pidió para la Bélgica, además del Limburgo, el Luxemburgo; pero el peligro más serio vino finalmente de París, porque á medida que aquel gobierno completaba sus armamentos alzó también mas la voz, y conociendo perfectamente la debilidad militar de la Rusia, la impotencia del Austria y la pesada lentitud de la confederación germánica, amenazó por boca del ministro Sebastiani á todas estas potencias, en la persona del embaajador de Wurtemberg, que en caso necesario la Francia agregaría á sus Estados no solamente la Bélgica sino todo el territorio á la izquierda del Rin y restablecería la alianza rhiniana. Para dar más peso á la amenaza el gobierno francés aumentó el ejército de observación en la frontera belga con continuos refuerzos, mientras los holandeses bloqueaban el Escalda y los belgas atacaban la plaza de Maestricht. A no haber sido por la firmeza del gobierno inglés en estos momentos críticos y por la buena organización del ejército prusiano, difícilmente habríase podido evitar la intervención interesada de la Francia, no solamente en Bélgica sino hasta en Polonia.

El representante de Prusia en Londres, Bülow, fué el que

(2) *Papeles póstumos de Metternich*, tomo V, pág. 220 y en otros pasajes.

encontró y propuso el medio de conciliar la independencia de la Bélgica con los intereses generales de la política europea; medio que consistía en hacer de la Bélgica un Estado neutral como la Suiza, bien que monárquico. Con esto quedó compensada la falta del sistema antiguo llamado de las Barreras, y del defensivo que lo reemplazó, pero que fué destruido también á su vez en 1815.

En 20 de enero de 1831 adoptó la conferencia de Londres como bases las fronteras de Bélgica de 1790, neutralidad perpetua, navegación fluvial libre, partición de la deuda pública, de la cual tocarían á la Bélgica 16 partes de 31 y el resto á Holanda, y agregación del Luxemburgo á la corona holandesa. Completaron esta resolución las cuatro potencias (Inglaterra, Prusia, Rusia y Austria) con un pacto secreto, firmado el 17 de abril, según el cual debían arrasarse las fortalezas fronterizas del lado de la Francia, para evitar que esta potencia las ocupara con un golpe de mano antes de que la Bélgica pudiese recibir auxilio.

No acabó con esta resolución la gestación del nuevo Estado, por culpa principalmente de la doblez de la política francesa, que según su conveniencia y las circunstancias ponderaba sus deseos de paz ó hacia resonar la trompa guerrera. El rey en París y Talleyrand en Londres hacían cada uno su política á su capricho. Talleyrand estudiaba y apuraba todos los medios para conseguir alguna adquisición territorial, á fin de satisfacer, siquiera en algo, la vanidad nacional de sus compatriotas. Con este objeto hizo indicaciones al embaajador prusiano Bülow y al de Holanda para la partición de Bélgica entre sus respectivos países y la Francia, y cuando vió que á todo se oponía lord Palmerston, prometió á la Prusia el reino de Sajonia en cambio de la izquierda del Rin, indemnizando al rey de Sajonia con la Bélgica. Igual comisión tenía Mortemart, que fué enviado de embaajador á San Petersburgo con instrucciones para recabar algún trozo de territorio en favor de la Francia. Rechazadas en todas partes las pretensiones francesas, pidió Talleyrand el gran ducado de Luxemburgo y las fortalezas belgas de Marienburg y Philippeville; pero á todo se opuso Palmerston, siempre inexorable, y para concluir con tanta proposición molesta, declaró rotundamente al embaajador francés que si bien Inglaterra deseaba conservar la amistad más estrecha con la Francia, era bajo la condición, *sine qua non*, de que esta potencia no volviera á las ideas napoleónicas. Añadió que encontraba por demás mezquino que Francia tratara de obtener el arruinado castillo de Bouillon y sus inmediaciones cuando tan grandes intereses estaban en juego. Finalmente, la conferencia obligó á Talleyrand á admitir, como admitieron las demás potencias representadas en ella, la condición de que ninguna de las cinco pretendería ni admitiría ventaja alguna particular.

El rey Guillermo se sometió, si bien con dolor, á las resoluciones de la conferencia tomadas el 20 de enero; mas no así los belgas, que alentados con la noticia de la revolución polaca, y más por promesas secretas que recibían de París, protestaron por boca de su congreso nacional contra lo dispuesto por los diplomáticos de Londres. El partido francés, numeroso y enérgico, apoyaba para el trono belga la candidatura del duque de Nemours, hijo segundo de Luis Felipe, y otros proponían al duque de Leuchtenberg, hijo de Eugenio Beauharnais. El gabinete de París se declaró, por lo menos oficialmente, contra ambos candidatos; pero Luis Felipe, que no gustaba ver elegido al duque de Leuchtenberg porque, como hijo político de Napoleón I, era el candidato del partido bonapartista, hizo saber indirectamente á los belgas que admitiría la corona belga para su hijo, y en caso de no ser esto posible, proponía á su sobrino el príncipe Carlos de Nápoles.

Luis Felipe, en efecto, temía que no fuera posible la elección de su hijo, porque lord Palmerston había dicho ya al representante ó agente diplomático belga Weyer, en 4 de diciembre, que el gobierno inglés miraría la elección del duque de Nemours como una incorporación de la Bélgica á la monarquía francesa, y de consiguiente, como caso de guerra. Continuando, pues, las intrigas, la conferencia, en 1.º de febrero, excluyó expresamente del trono belga á todos los miembros de las cinco dinastías encargadas de la mediación; mas á pesar de esto obtuvieron, en la elección que se verificó tres días después en el congreso nacional belga, en Bruselas, el duque de Nemours 97 votos (de 192), 64 el duque de Leuchtenberg y 30 el archiduque Carlos. Ni con esto se conformaron los belgas, á quienes Ancillon llamó los niños mimados de las potencias, y nombraron regente del reino al presidente del congreso Surlet de Chokier, desconociendo así abiertamente la autoridad del congreso nacional; pero si nada pudieron contra la voluntad inflexible de Palmerston las intrigas de la diplomacia francesa, menos lograron los belgas discursos. A estos hizo comprender pronto la necesidad urgente de moderar sus ímpetus, y volvió á avisar al gobierno francés que la Inglaterra, deseando seriamente la paz, no por esto sufriría el menor insulto, de palabra ó de hecho, de la Francia. Para dar más fuerza á esta amonestación envió á la escuadra anclada en Portsmouth la orden de estar dispuesta á hacerse á la mar á la primera señal. Esto produjo efecto y Luis Felipe renunció el trono ofrecido á su hijo.

La prudencia empezó con esto á ganar terreno, y á medida que los belgas veían que nada adelantarian sin el beneplácito de la conferencia de Londres ni con una prolongación indefinida del estado provisional en que se hallaba el país, acostumbráronse paso á paso á la idea de tener por rey el candidato del gabinete inglés, el príncipe Leopoldo de Sajonia-Coburgo, viudo de la princesa Carlota de Inglaterra, que había solicitado con esta ocasión, aunque en vano, la mano de una princesa de Orleans. El diputado Devaux habíale ya propuesto en enero al congreso nacional cabalmente por ser protestante. El gobierno francés se mostró furioso, y Sebastiani, el ministro de Negocios extranjeros, dijo que si el príncipe ponía los pies en Bélgica harían fuego contra él los cañones franceses; pero Luis Felipe se amansó cuando lord Palmerston pidió la mano de una de sus hijas para el futuro rey antes desechado. No por eso cesaron las intrigas anexionistas, que continuaron todavía bajo el ministerio Perier, á quien costó mucho trabajo hacer renunciar al rey y á Talleyrand á sus ideas de intervención y anexión. Palmerston saludó el cambio de ministerio en Francia como una garantía de paz, pero no por esto desistió de su resolución de no ceder á la Francia «ni un huerto, ni una viña,» y en este sentido escribió á lord Granville, embaajador inglés en París: «Los franceses nos vienen siempre con su argumento: Considerad nuestra posición difícil y cómo se nos apura, y consentid en que hagamos cualquiera cosa, por insignificante, irracional, injusta y desleal que sea, infringiendo tratados y principios, á fin de ponernos en estado de decir que algo hemos conseguido. A esto contesto yo: Elegid un punto en armonía con los tratados, con las obligaciones contraídas y la justicia, y será muy probable que lo consigais, y nosotros os apoyaremos hasta donde el honor lo consienta; pero lo que pedís es imposible (1).»

Cuando Perier se hubo convencido de que nada conseguiría, abandonó la pretensión sobre el Luxemburgo y el condado de Bouillon, con lo cual quedó más despejado el camino para la elección del príncipe Leopoldo, que escar-

(1) Bulwer, *Life of Palmerston*, tomo II, págs. 68, 71 y 78.